SZCZEPAN TWARDOCH

HIELO

TRADUCCIÓN DEL POLACO
DE BOGUMIŁA WYRZYKOWSKA
Y ESTER RABASCO

BARCELONA 2026  ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Chołod*

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2022 by Szczepan Twardoch
© de la edición original, 2024 by Rowohlt · Berlin Verlag GmbH, Berlín
© de la traducción, 2026 by Bogumiła Wyrzykowska
y Ester Rabasco Macías
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

[Subvencions i ajuts a l'edició o la traducció.]

ISBN: 979-13-87964-79-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 20 769-2026

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
LIBERDÚPLEX *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2026*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet o plataformas de inteligencia artificial—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Introducción
7

Cuaderno de Konrad Widuch
27

A bordo del *Isbjørn*
195

Segundo cuaderno de Konrad Widuch
207

Epílogo
393

Glosario
403

INTRODUCCIÓN

En el verano de 2019 sentí que necesitaba escapar, y de ese modo comenzó esta historia.

La soga de la vida se estrechaba a mi alrededor cada día más, como sucede siempre que paso demasiado tiempo en el mundo al que pertenezco. Me cansaban las caras y las voces de la gente, me irritaban de igual modo amigos y enemigos, estaba harto del amor y del odio de la gente, de las ciudades por las que transito y de la campiña silesiana en la que vivo.

Cada mañana me levantaba de la cama con mayor dificultad, como si alguien, durante la noche, hubiera añadido más peso a la carga que parecía descansar sobre mis hombros; mis pasos se iban volviendo más y más pesados y me sentía cada vez más iracundo, y cada vez veía más caretos que, a mi parecer, reclamaban desesperadamente mi puño, así que me di cuenta de que debía huir a donde siempre había huido durante los últimos quince años, a Spitsbergen, para regresar luego y enfadarme menos con el mundo, con la gente y conmigo mismo.

Compré un billete de avión, preparé mi mochila y mi fusil, y poco después desembarqué en la pista de Longyearbyen. La costa fría de Svalbard me recibió como de costumbre, con un viento gélido y una baja y acerada bóveda de nubes. Me detuve en un campamento no lejos del aeropuerto, monté mi pequeña tienda y luego me senté en el comedor con ventanales, bebí café y contemplé el fiordo y las montañas de la orilla opuesta, y al págalo parásito de cola afilada que perseguía a las gaviotas, y al zorro ártico plateado que olfateaba entre las rocas.

Al día siguiente, embarqué en un transbordador de alta velocidad hacia Pyramiden, el asentamiento minero soviético abandonado en la década de 1990, donde desde hace algunos años varios empleados de nacionalidad rusa están instalados y atienden el escaso turismo en un hotel renovado. La travesía, que duró algunas horas, transcurrió tranquilamente; desembarqué en un improvisado muelle, me eché la mochila a la espalda y el fusil al hombro, y marché entre los edificios del asentamiento abandonado para dirigirme hacia el interior.

Me acompañaba mi guía, una ucraniana rusoparlante de Járkov, que esperaba en el muelle a un grupo de turistas de Moscú que habían llegado en el mismo barco que yo. Eso sucedió tres años antes de la guerra, cuando en Pyramiden, a pesar de la ocupación rusa de Crimea y del Dombás en 2014, los habitantes originarios de Ucrania y Rusia solían vivir en armonía. Al menos, a primera vista.

La guía tenía unos veinticinco años y unas gruesas trenzas que se le enredaban en la correa de una vieja carabina que llevaba colgada a la espalda. Ella me gustaba y creo que yo también a ella, aunque lo más probable es que sea yo un creído. Conversamos, caminando, durante unos diez minutos, tal como suele conversar la gente que sabe que está a punto de desasirse y no volver a encontrarse. Me dijo que era de Járkov, pero que vivía en la ciudad rusa de Irkutsk; le contesté que yo había estado allí, incluso un par de veces, aunque hacía mucho tiempo, veinte años; dijo que la ciudad no había cambiado, y luego me preguntó, quizá burlona, o incluso desafiante, si no tenía miedo de adentrarme en ella, ya que no hacía ni dos días que habían visto allí una osa con sus dos crías. Le contesté que sí, que tenía miedo, pero que aquello—extendí mi mano hacia el horizonte—merecía ese miedo. Ella se puso seria, me contestó que los paisajes eran preciosos, sí, pero que ella había acabado allí por trabajo,

que le pagaban por ello, y que nunca entendería por qué alguien iba hasta allí en su tiempo libre, de vacaciones. Ella siempre elegía Creta para irse de vacaciones.

No intenté explicarle nada. Me limité a decir que también me gustaba Creta, pero que aquello era algo completamente distinto. Nos despedimos, me deseó buena suerte y me besó con torpeza en ambas mejillas, lo cual me resultó agradable. Y seguí caminando solo.

Quería ir a Skansbukta, pasando por alto el glaciar Jotunfonna, pero no encontré el camino, después de todo Skansbukta no era mi objetivo, sino una huida del mundo y de la vida que dejaba atrás.

Así que hui. No vi un rostro humano durante una semana, deambulé por los ramificados valles y cañones, monté mi tienda junto a los arroyos, y si conseguía encontrar trozos de madera olvidados tiempo atrás por los geólogos, hacía una pequeña hoguera y me sentaba en la blanca noche junto a las llamas, dosificando cuidadosamente el bourbon de una botella de plástico de tres cuartos de litro que debía bastarme para todo el viaje.

Guardaba silencio. No meditaba, ni siquiera pensaba mucho. Comía, caminaba, escogía un lugar para acampar, montaba la tienda, dormía.

Por las noches colocaba dispositivos de alarma alrededor del campamento, cuyo cable atado a los cartuchos explosivos, en caso de ser rozado por un oso distraído, debía activar las cargas para espantarlo a él y despertarme a mí; luego me acostaba en mi saco de dormir y, en la blanca noche, bajo un sol que no se ponía, me quedaba dormido lleno de primitivo miedo, tocando la culata de mi rifle, atemorizado mientras dormía, y me levantaba contento, hervía agua en la cocina de gas, diluía la comida liofilizada y el café instantáneo, comía despacio, me vestía, desmontaba el campamento y seguía caminando.

Comí, caminé, dormí. Guardé silencio hasta que, al final, tras siete días de vagabundeo, se me acabaron la comida y el alcohol, así que regresé a Pyramiden, sucio, cansado, y de algún modo secreta y misteriosamente feliz, apaciguado por la soledad.

El barco en el que pretendía regresar a Longyearbyen no llegaría hasta dos días más tarde, así que me alojé en el hotel, el único edificio habitado en aquel asentamiento minero abandonado que los rusos de Barentsburg sólo renovaron cuando, diez años después, se dieron cuenta del potencial turístico de aquella remota población.

El hotel era bastante asqueroso, pero tenía un bar, así que bajé a tomar algo después de ducharme y cambiarme la ropa interior térmica por la última sudadera de merino limpia.

No buscaba compañía, después de una semana de soledad absoluta no estaba nada sediento de ella, ni de voces ni de caras, así que me senté en un rincón junto a la barra y pedí un bourbon doble, sin hielo. Tenía la intención de bebérmelo en silencio, leyendo un libro, quizá también tomando algunas notas, y luego retirarme a la cama.

Fue entonces cuando la vi por primera vez. Estaba sentada enfrente, al otro lado de la barra. Parecía tener unos setenta años, era bajita y fornida, llevaba un forro polar gastado y descolorido, antaño rojo, y tenía el pelo completamente blanco, corto, la piel curtida, los ojos inteligentes y agudos, las mejillas enrojecidas por docenas de pequeños congelamientos que formaban un mapa de capilares rotos, sinuosos como un río del Ártico que se derramaba en cañones de arrugas.

Levantó su vaso en un brindis silencioso y sonrió, mostrando unos dientes rayados y ligeramente amarillentos; sus ojos, pequeños, muy juntos, de un azul claro, también sonrieron.

Sentí irritación. Quería estar sentado allí y beber entre

los figurantes del bar, viajeros polares, científicos y turistas, pero sin que nadie me molestara, también quería salir lenta y suavemente de mi soledad; sin embargo, como ella había establecido contacto visual conmigo, no era apropiado no responder, así que sonreí torpemente y levanté también mi copa; entonces ella, aparentemente sedienta de conversación, se acercó, se sentó en un taburete a mi lado y me habló amistosamente:

—*English*, *Deutsch*, *po ruski* ['en ruso']*?*—adivinando acertadamente que no sabía ni una palabra de noruego.

Ella misma hablaba un inglés perfecto, sólo el deje apenas perceptible de un idioma extranjero me hizo pensar que no era su lengua materna.

Le contesté que *English oder Deutsch*, pero más bien *English*. Me preguntó qué hacía yo allí, así que en tres frases le conté lo de mi semana solitaria en la naturaleza, lo de subir por el valle Tordalen y no encontrar el camino a Skansbukta, que los cañones tienen pendientes demasiado pronunciadas y que era imposible cruzar, a lo que ella contestó que estaba claro, que había que pasar por el glaciar, porque no es un glaciar que desciende, un *breen*, sino un *fonn*, es decir, un casquete de hielo en el que no hay grietas peligrosas, no se necesitan crampones de alpinismo, bastan las cadenas sujetas a los zapatos. Me reí diciendo que bueno, que ya sabría qué hacer dentro de un año, y le pregunté cortésmente qué la llevaba por allí, aunque no me importaba en absoluto. Me contestó enseguida que hacía mucho tiempo que cada verano navegaba a Svalbard en su yate para quedarse todo el tiempo que las condiciones del hielo le permitían. Aquel año quería navegar por todo el archipiélago, pero resultó que el hielo no se había fundido durante el verano, todo el norte de Svalbard estaba helado, incluido el estrecho de Hinlopen, por eso seguía por allí, entre Longyearbyen, Pyramiden y Ny-Ålesund.

El yate sí me interesaba, así que empecé a indagar, y ella me fue respondiendo con mayor agrado cuanto más detalladas eran mis preguntas, probablemente complacida de que su interlocutor delatara una competencia náutica elemental. Así que me contó que su *Isbjørn* era un queche de expedición, de acero, de cincuenta pies de eslora, con mamparos estancos, desalinizadora para el agua, motor potente, generador eléctrico, casi tres mil litros de combustible, varios juegos de velas, calefacción, congelador, teléfono vía satélite, puente de mando interior, «uno puede conducir calentito», etcétera. Habló largo y tendido, se notaba que estaba orgullosa. Es difícil manejarlo sola, dijo, porque es un pedazo de barco. Pero lo había arreglado todo para poder dirigirlo ella misma.

—Me llamo Borghild Moen—dijo finalmente, y me dio la mano.

Yo se la estreché y me presenté con mi nombre de pila.

—*But you can call me Stefan, I know that Szczepan is impossible to pronounce* ['Pero puede llamarme Stefan, ya sé que Szczepan es imposible de pronunciar']—añadí como suelo hacer en estas situaciones.

Ella protestó, contestó que intentaría pronunciar de algún modo aquel extraño *szcz*, y resultó que lo conseguía a la perfección. Me preguntó de dónde era yo. Le contesté que era de Polonia, «aunque no soy polaco», pero dudaba de que ella quisiera escuchar largas historias sobre las intrincadas cuestiones de las complejas identidades étnicas de la antigua frontera polaco-alemana-checa. Sonrió y me sorprendió al decir «¿Así que eres silesio?». Se lo confirmé y le expresé mi sorpresa por el hecho de que conociera la existencia de mi *Godforsaken land*. Se limitó a hacer un gesto con la mano, no iba a dar más detalles, y cuando le pregunté por sus orígenes, porque, al fin y al cabo, allí nadie era de aquel lugar, hizo un amplio gesto con la mano,

diciendo que era de ninguna parte y de todas partes, llevaba cuarenta años navegando.

—El océano es mi única patria—añadió.

Me reí y le pregunté si, después de todo, no sería hija de una sirena y un tritón, así que al final me dijo que tenía pasaporte noruego, pero que no estaba especialmente apegada a él.

Me preguntó si navegaba. Le respondí que sí, que navegaba de vez en cuando, que había hecho un poco de *skipper* en el Báltico y el Adriático en verano, pero por supuesto nada del otro mundo, simple navegación vacacional, no era un lobo de mar.

Entonces Borghild Moen me propuso navegar con ella hasta Longyearbyen. Acababa de dejar a cuatro personas que se quedarían en Pyramiden, y ella podría, por supuesto, seguir navegando sola, ya que llevaba décadas haciéndolo, pero por eso mismo agradecía aún más la compañía. Saldría al día siguiente. El *Isbjørn* estaba amarrado en el mismo muelle del que zarpaba el transbordador rápido y el viaje a Longyearbyen duraría probablemente varias horas.

Acepté sin pensármelo mucho. No quería quedarme más tiempo en Pyramiden, no tenía motivos para hacerlo, e ir en un yate de expedición siempre es una aventura, aunque la travesía sólo dure unas horas. Borghild pidió otro whisky, bebimos, luego me despedí y me fui a la cama, pues no quería que se me desvaneciera demasiado rápido la impresión de que ella era una compañía bastante agradable.

Por la mañana, fui el primero en aparecer junto al *Isbjørn*, un cuarto de hora antes de lo acordado. Tiré mi mochila al muelle, me senté y fumé mi primer cigarrillo en varias semanas: había llevado encima el paquete de Djarum todo aquel tiempo, ni siquiera le había arrancado la envoltura de celofán, y en aquel momento sentí el impulso de fumar.

El *Isbjørn* tenía el costado pegado al muelle, sólidamente asegurado con dos jarcias de amarre y dos esprines. Era

un yate impresionante, tan bien mantenido como equipado. Los costados del poderoso casco de acero estaban pintados de rojo; la cubierta de cálida teca estaba bien mantenida, pulcramente fregada; la vela mayor y la mesana estaban enrolladas en los enrolladores ocultos de los mástiles; las velas de estay estaban enrolladas en los rígidos estays. Junto al púlpito de popa, las largas pértigas de aluminio para alejar el casco de los témpanos de hielo estaban colocadas en soportes, además de dos cañas, una larga para la pesca al curricán y otra corta con un señuelo pilker, probablemente para el bacalao.

Borghild llegó un buen rato después, con una pequeña bolsa y una carabina al hombro; nos saludamos y luego saltó enérgicamente a su embarcación. Esperé a que me invitara a subir a cubierta y lo hizo. Me dirigí hacia la cabina de mando, que estaba resguardada por tres lados, y mientras ella abría la escotilla, yo me quité los zapatos y entré.

El interior estaba decorado al estilo armatorial, no como un yate de alquiler, por lo que sólo había tres camarotes cerrados con baño: dos camarotes de invitados en la proa y uno grande en la popa. En el interior, ni una sola pieza de acero sobresalía bajo la caoba oscura, la tapicería del sofá de color burdeos en la *dinette*, una gran cocina sobre un cardán en la espaciosa cambusa, una larga estantería llena de libros bajo las ventanas de estribor, y ya en el mamparo de caoba, en el puesto de navegación y junto a la pantalla de datos AIS y el radar, instrumentos antiguos de latón cubiertos de pátina y colgados: un cronómetro, un barómetro y un higrómetro. La caja de latón del cronómetro situada en el centro de esta trinidad llevaba grabada la inscripción decorativa INVINCIBLE, como si procediera de otro yate.

Borghild me pidió que eligiera uno de los camarotes de proa; escogí el de la derecha, tiré la mochila y el fusil en la litera y salí a la cabina de mando. Ella se puso al timón, y cuan-

do presionó el interruptor de arranque del motor el casco de acero del *Isbjørn* se estremeció suavemente, el agua salió disparada por el escape de estribor y, bajo el suelo, el motor diésel empezó a funcionar regularmente y a baja velocidad. Me preguntó si podría apañármelas con los amarres, lo cual me dolió un poco, así que le contesté que llevaba veinte años navegando, por lo que seguramente podría apañármelas, y de inmediato me sentí tonto por decirlo, porque en realidad sólo era formalmente verdad: ¿cuánta navegación había habido en aquellos veinte años? Además, sólo alguien inseguro de sí mismo reafirma en voz alta sus propias habilidades.

Borghild sonrió y me pidió que recogiera ambas amarras y que nos mantuviéramos un momento con el esprín de popa, es decir, con el cabo que une el casco al muelle y que va desde la popa hasta el centro del barco. Hice lo que me indicó, luego dio marcha atrás a toda máquina y puso el timón a la banda, el esprín se tensó, la proa del *Isbjørn* se alejó lentamente del muelle, Borghild puso la palanca de control del motor en punto muerto, esperó un segundo y a continuación lo puso avante a media máquina, y yo, tras su orden, recogí el esprín a bordo y salimos.

No recuerdo de qué hablamos entonces. Desde luego, ni de Jólod, ni del velero *Invincible* perdido, ni de Konrad Widuch: de todo eso me enteré algo más tarde.

No creo que habláramos mucho, pero en aquellas siete horas algo tuvimos que decirnos, de lo contrario no habría tenido lugar la historia que intento contar aquí. En algún momento, mientras recorríamos aquellas treinta millas que separan Pyramiden de Longyearbyen, Borghild debió de preguntarme si quería seguir navegando con ella.

Tuvo que hacerlo, porque si no hubiera sido así yo no habría seguido navegando; y yo tuve que contestarle que era muy amable por su parte, pero me era absolutamente imposible, porque ya tenía billete para el vuelo de regreso y

responsabilidades, hijos y trabajo en mi país. Borghild me preguntó a qué me dedicaba y yo, como siempre avergonzado, le contesté que era escritor. Esto le interesó, pasó a preguntarme qué escribía, me pidió que repitiera mi nombre y que le dijera si se había traducido algo a otros idiomas, y cuando mencioné las traducciones al inglés y al alemán, dijo que sí, que le sonaban, que el nombre le resultaba familiar, que leía periódicos alemanes, y que seguramente era por eso. En ese momento pensé que mentía para contentarme, y no sólo me pareció amable por su parte, sino también inteligente.

¿O tal vez me preguntó por todo eso ya en el puerto, en Longyearbyen? No me acuerdo. ¿Me dijo cuánto tiempo quería navegar? Tampoco me acuerdo.

De todos modos, no, no podía quedarme. No tenía tiempo. Mi avión salía al cabo de dos días, y antes había quedado en Longyearbyen para tomar una cerveza con mi amiga, la escritora Ilona Wiśniewska, y después… Tenía un montón de planes profesionales y personales.

No podía quedarme. Tenía que volver a casa, a la vida, al mundo, a todo aquello de lo que había huido.

Debía hacerlo. Y, sin embargo, lo que sucedió fue que, cuando estábamos en el amarradero del abarrotado puerto de Longyearbyen, dejé el fusil y la mochila en el camarote y me fui de compras a la ciudad. En Svalbardbutikken compré una chaqueta náutica decente, luego me fui a tomar una cerveza, bebí e hice seis llamadas telefónicas: dos de ellas acabaron en una desagradable discusión, otra me hizo perder mucho dinero y las tres restantes acabaron en despedidas un tanto frías. Luego volví a llamar a mis hijos y, con voz quebrada, les dije que aún no iba a volver, que me quedaría un poco más, una semana, quizá dos, quizá tres: «Tal vez más. No lo sé. Perdón». Era consciente de que estaba actuando mal, pero no podía evitarlo.

El menor no quiso hablar en absoluto conmigo, el mayor sólo dijo: Por lo visto todavía tienes cosas que hacer. Casi me partió el corazón oírlo, pero siguió entero, así que con el corazón aún latiendo volví a subir a bordo del *Isbjørn*, que Borghild estaba aprovisionando tras descargar un gran carro de compra. Al verme con una expresión algo sombría, me preguntó si me encontraba bien. Me encogí de hombros. No, no todo estaba bien. De hecho, nada estaba bien, pero no veía motivo para quejarme.

Dos horas más tarde soltamos amarras y salimos a las aguas del Isfjorden, tras lo cual Borghild, una vez evaluados como suficientes mis conocimientos de navegación, decidió que ya era hora de dejarme solo de guardia, atado con los mosquetones del cinturón de seguridad a la línea de vida. Me indicó que mantuviera el rumbo 250, casi en línea recta hacia el oeste, y se fue a la cama, mientras yo, bien abrigado, sorbía un té con limón y me congelaba lentamente al timón, a pesar de llevar un par de jerséis, ropa interior de lana, chaqueta náutica, gorro y guantes. Rara vez se izan velas al navegar en Spitsbergen, pero entonces el viento era perfecto, soplaba del este, así que izamos las dos velas del estay de proa; la vela mayor y la mesana permanecieron en los enrolladores; la gran génova y el foque aceleraron sin esfuerzo el *Isbjørn* hasta seis nudos.

Tras seis horas de navegación pasamos junto a Kapp Linné, y un instante después ya estábamos en mar abierto, la proa del queche de acero rompía el agua y cortaba las olas que crecían lentamente, y en el gris acerado del cielo que se fundía con el mar acechaba una terrible amenaza, la misma que siempre temo cuando salgo al mar. Temo y siempre he temido el océano, su poder oscuro y pagano. Por eso me gusta tanto. Un viejo proverbio inglés dice que sólo los tontos no temen al mar.

Oteé el horizonte con los prismáticos, miré la pantalla

del AIS con radar integrado, comprobé que no corríamos peligro de colisión, puesto que no había ni rastro de barco alguno en el horizonte, a excepción del casco gris que se fundía con el mar de uno de la guardia costera noruega, el patrullero *Svalbard*, que pasaba a lo lejos dirigiéndose lentamente a Longyearbyen. Conecté el piloto automático y bajé a la cabina para despertar a Borghild, pero ya estaba trajinando en la cambusa: vertía agua hirviendo en dos platos con estofado liofilizado. Me pidió que no me quitara todavía la chaqueta náutica, porque íbamos a trasluchar y la ayudaría a trimar las velas, así que volví a la cabina de mando. Borghild salió al cabo de un rato con una chaqueta ligera y el chaleco de seguridad bien abrochado. Me mostró dónde enganchar la línea de vida para trabajar con el aparejo, recogimos el foque y la génova, algo necesario para la maniobra, y a continuación Borghild se puso al timón y cruzamos la línea del viento por la popa: yo trabajaba con las escotas mientras Borghild ponía rumbo 180, es decir, directos hacia el sur. Trimamos las velas y cazamos la burda de babor, que ahora era nuestra banda de barlovento. Navegamos así durante un rato, cacé las contraescotas, el viento aumentó ligeramente hasta unos quince nudos, constante, sin ráfagas; Borghild conectó el piloto automático, miró el horizonte a su alrededor y volvimos a la cabina.

Informé acerca de mis últimas horas de guardia con un par de frases, dije que el *Svalbard* se había cruzado con nosotros; Borghild preguntó si nos habían llamado por radio, le dije que no, pues ésa era la verdad, ella se limitó a asentir como si eso significara algo y, en la cabina, miró la pantalla multifunción del plotter de cartas náuticas, que también mostraba datos del AIS y del radar. Finalmente me entregó un plato con estofado liofilizado bien remojado, nos sentamos a la mesa del comedor y comimos en silencio hasta que me preguntó qué me apetecía beber, y cuando yo le

pregunté qué tenía abrió la puerta del bar generosamente abastecido y me contestó que de todo, incluso hielo de un glaciar de miles de años de antigüedad y estupendo para tomar whisky. Pedí un bourbon y añadí que fuera con hielo, puesto que era de un glaciar. Me sirvió uno doble, sacó una tableta de chocolate y luego se sirvió un café.

Entonces le dije que quería colaborar con las provisiones, veía que había hecho bastantes compras y me resultaba incómodo abusar de su hospitalidad. Ella aceptó, dijo una cantidad, tal vez dos mil coronas, conté los billetes, se los entregué, ella aceptó, me dio las gracias, los contó y los guardó. Pensé que, en principio, ya podía preguntarle hacia dónde navegábamos y por cuánto tiempo, pero no pregunté.

Quizá todavía no quería saberlo.

Ahora me doy cuenta de que al embarcarme en el *Isbjørn* seguía huyendo, huyendo más lejos de lo que había huido al acampar en el interior de Dickson Land. Mi teléfono satelital reposaba en mi equipaje, apagado, ni siquiera deseaba esa forma limitada de contacto con el mundo, no estaba para llamadas ni para teclear laboriosamente mensajes de texto en el teclado numérico, como en los noventa. Incluso eso era demasiado.

—No quería decírtelo antes de la primera guardia, prefería que disfrutaras del mar y de esta hermosura mía, pero en adelante es mucho mejor que hagas las guardias en la cabina, en la timonera, en la mesa de navegación, siempre que no navegues entre témpanos de hielo desprendidos de los glaciares o de los icebergs, que son fáciles de pasar por alto desde la cabina, y una colisión con el hielo es como una colisión con una roca, o bien siempre que no haya una tormenta demasiado grave para el piloto automático. Aunque a mí no me gusta navegar con tormentas. Aquí no hay una segunda rueda de timón, pero sí tienes un controlador auxiliar para el piloto automático, así que no necesitas tocar la rue-

da, para ello están la palanca y los indicadores del motor, AIS y radar, y tienes algo de visibilidad a tu alrededor, algo peor por la parte de popa, pero así puedes corregir el rumbo calentito; en aguas poco frecuentadas como éstas basta con salir quizá una vez cada hora, y también cuando necesites trimar las velas—dijo entonces Borghild, y éste fue el enunciado más largo que le había oído hasta entonces.

Desde luego, admití estar de acuerdo con ella. El océano Ártico no es el Adriático: no tiene el tráfico ni la temperatura que requeriría estar sentado ocho horas al timón en la cabina de mando; además, también se pueden corregir los ajustes del piloto automático desde el puesto de navegación de la cabina, y allí la timonera, con sus vidrieras de gruesos cristales armados para proteger de las olas polares, asegura una visibilidad bastante aceptable.

Dije que anhelaba el mar, la inmensidad del horizonte a medida que se va alejando de la tierra, y que estaba dispuesto a pagar por ello con el precio de congelarme hasta los huesos.

Borghild tan sólo asintió con la cabeza y me recomendó que durmiera un poco.

Había algo en ella que me fascinaba. Me llevaba unas cuantas décadas, y por eso tenía la calma y la seguridad de no necesitar caerle bien a nadie; al fin y al cabo, era la armadora y patrona de su propio y maravilloso velero de expedición, en el que yo sólo era un tripulante. Hoy me parece que me fascinaba su carácter misterioso: normalmente las personas aparecen inteligibles ante mí, me enorgullezco de poder leerlas como si fueran un libro abierto, mientras que Borghild permanecía impenetrable, ni el rostro surcado por las profundas arrugas de la gente de mar, ni las fuertes manos rojas por el frío gélido con sus cortas uñas, ni el pelo completamente blanco me decían nada, excepto lo que era claramente evidente, que el mar era su hogar.

Me acabé el bourbon, me comí dos onzas de chocolate negro y me fui a la cama.

Me quedé dormido en cuanto me escurrí en el saco de dormir y, cansado, caí en una oscuridad sin sueños, mecido por las olas y el suave rugido del mar que jugaba con el casco de acero del *Isbjørn*, mejor insonorizado que cualquier otro yate de acero en el que yo hubiera estado antes.

Cuando desperté de aquel sueño negro todo estaba claro y gris; miré mi reloj, marcaba las diez, y me di cuenta de que no sabía si eran las diez de la mañana o de la noche. Entré en el comedor sin pensar en el hecho de que sólo llevaba ropa interior negra y térmica que, pese a cubrirme todo el cuerpo, no era muy adecuada para desfilar ante desconocidos, pero cuando me di cuenta, advertí al mismo tiempo que aquello no incomodaba a Borghild en absoluto.

Podía andar por allí en calzoncillos largos como si estuviera en un crucero con mis compañeros, y no con una marinera silenciosa que podría ser mi madre o incluso mi abuela.

Borghild estaba sentada en la timonera, elevada tres escalones por encima del comedor, junto a la mesa de navegación, donde descansaba abierto un ordenador portátil blindado de tipo militar. Junto al portátil había un dispositivo familiar: un módem satelital conectado por cables a la fuente de alimentación y a la antena externa.

—He buscado en internet y por fin he logrado descifrar cómo se escribe tu nombre—sonrió Borghild—. Eres realmente escritor—añadió, confirmando así mi presentimiento de que me había mentido antes al decir que le sonaba mi nombre por los periódicos alemanes.

Sin embargo, más tarde comprendí que no podía haberlo comprobado entonces: llevábamos mucho tiempo sin cobertura telefónica celular, y la conexión por módem vía satélite tan sólo permite descargar correos electrónicos y pre-

visiones meteorológicas, pero no da acceso alguno a páginas web, por lo que no había posibilidad alguna de teclear el nombre de alguien en un buscador.

Entonces, ¿tal vez había comprobado antes cómo se escribía mi nombre? No lo sé, me limité a responder con una sonrisa y, poniendo la tetera en la cocina de gas, le pregunté si tenía hambre, pues yo estaría encantado de cocinar algo. Borghild respondió que por supuesto, que de todos modos la cambusa me pertenecía. Eché un vistazo a las provisiones y, sin una idea concreta, preparé una tortilla con verduras relativamente frescas y jamón dulce. Mientras cocinaba, Borghild se puso la chaqueta y el cinturón de seguridad y salió a la cabina de mando con los prismáticos, volvió al cabo de un rato y nos sentamos juntos en la *dinette*, comimos y bebimos, yo café y Borghild cerveza.

Me dijo que, mientras yo dormía, habíamos hecho más de cincuenta millas, todo el tiempo el viento soplaba del nordeste, de quince a diecisiete nudos, y ya estábamos a la altura del glaciar Dobrowolski en Torell Land. Veinte millas más adelante, es decir, en unas tres horas, pasaríamos Hornsund y, al cabo de diez horas, las islas del extremo sur del Sørkapp, donde orzaríamos y nos dirigiríamos hacia el este, tan lejos como nos lo permitiera el viento.

El pronóstico era bueno, las condiciones del hielo eran ideales para nosotros, aunque nefastas para el planeta: no había.

—¿Hacia dónde navegamos?—pregunté entonces, e inmediatamente sentí como si hubiera roto una regla tácita que Borghild y yo habíamos aceptado silenciosamente.

—No es ningún secreto, pero la respuesta a esta pregunta es larga y complicada, y tendría que empezarla *ab ovo*. Es más sencillo si antes lees algo. No será una lectura fácil, pero creo que siendo escritor te gustará, tal vez incluso le saques algún provecho.